

SAN SEGUNDO, OBISPO Y PATRÓN DE ÁVILA

Día 1 de junio

P.Juan Croisset, S.J.

Hno de los santos varones apostólicos que por los años del Señor de 63 ó 64 vinieron á España á sacarla de sus errores, fue San Segundo, de cuya vida, padres, patria, nada más se sabe que lo que el *Oficio Muzárabe*, el *Leccionario Complutense* y otros documentos que se guardan en la Biblioteca del Escorial refieren sucintamente. Según ellos, San Segundo, siendo ya de edad proporcionada para el ministerio evangélico, fue ordenado por San Pedro en Roma poco antes de la primera persecución sangrienta que movió Nerón contra la Iglesia de Jesucristo. Instruido por los santos apóstoles San Pedro y San Pablo de las altas obligaciones del ministerio que le habían confiado, se embarcó con los demás compañeros suyos, ansiosos de poner en ejecución tan grande ministerio. Y si es lícito conjeturar, parece muy probable qué sería el puerto llamado *Urci*, ó el que se dice *Puerto Magno*, en Almería, donde desembarcaron.

Era España á la sazón un teatro miserable de los desbarros y extravíos del hombre. Las monstruosas deidades de los egipcios, con las que añadieron griegos y romanos, tenían aras entre los españoles, y contra ellas tenían que manifestar la fortaleza de su corazón los nuevos soldados del Crucificado. Ardía San Segundo en deseos de poner por obra el ministerio de que venía encargado; y así, en compañía de los seis santos obispos, echó á andar luego que puso pie en tierra, deseoso de encontrar poblaciones y gentes en quienes emplear el ministerio de la palabra. Habrían caminado como unas

catorce leguas, cuando se les ofreció á la vista la ciudad de Acci, hoy Guadix, y sobresaltóse su corazón de alegría viendo ya terreno oportuno donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Sentíanse algo molestados del penoso viaje; y así, antes de comenzar su peligroso ministerio, determinaron descansar algún tanto, tomar alimento y repararse del desmayo que les había causado la pasada fatiga. Con este intento mandaron á algunos de sus discípulos que llegasen á la ciudad á comprar los alimentos necesarios. Poco más de un cuarto de legua habían andado, cuando se encontraron á las puertas de la ciudad, y en ella una inmensa gritería, en que estaba envuelto todo el pueblo. Era el caso, que en aquel día celebraban los gentiles fiestas á Júpiter y la diosa Juno, y entre los excesos de sus comilonas y borracheras se dejaban ver fácilmente las señales de una inmoderada alegría. Encendidos en cólera los gentiles, intentan perseguir á los forasteros, cuya diversidad de vestido y la severidad del semblante les daba ciertos indicios de que intentarían apartarlos del culto de sus deidades. Determinan, pues, quitarles la vida, y á este fin corren hacia ellos impetuosamente. Estos, luego que advirtieron al pueblo conmovido contra sí, se dieron prisa á huir para evadirse del peligro que les amenazaba, y hacer noticiosos á los santos obispos de la contradicción y peligro que habían encontrado. El pueblo gentil los seguía, deseando vivamente haberlos á las manos para sacrificarlos á su furor. En el camino que seguían los perseguidores y perseguidos había un puente magnífico de tan sólida construcción, que todos los documentos antiguos convienen en que era capaz de burlarse de la voracidad de los tiempos. Entraron en él los Santos, y le pasaron felizmente; entraron también los perseguidores, y cuando todo el puente estaba lleno de ellos, y muy cercanos ya, á su parecer, de poner en ejecución sus sanguinarios intentos, aquel Dios, á cuya vista se estremecen las columnas del firmamento, hizo que,

derrocándose á un tiempo los grandes pilares en que estribaba toda la máquina, se convirtiese el puente en ruinas, envolviendo entre ellas á aquellos miserables que perseguían á sus siervos. Un hecho tan ruidoso consternó á toda la ciudad. Apenas había casa en donde no llorasen la muerte del hijo, del hermano ó de algún cercano pariente. Un temor saludable sé apoderó de los corazones de todos, convirtiéndose la rabia, el furor y la indignación en temor, en respeto y en deseos de tener cada uno de los acitanos en su casa á aquellos venerables varones á quienes tan prodigiosamente el Cielo favorecía. Señalóse entre todos una noble matrona senatriz, por nombre Luparia. Envió mensajeros á los Santos para que se dignasen de venir á hospedarse en su casa, y éstos, viendo el buen principio con que el Todopoderoso favorecía su misión, aceptaron gustosamente el convite. Gozosa Luparia de ver á los santos varones en su casa, comenzó á preguntarles qué profesión era la suya, de qué regiones venían, qué fin les había traído á estos países, para ellos tan remotos, y todo lo demás que se deja entender á la curiosidad de una mujer, viendo unos hombres de un traje tan diverso del que usaban los españoles, y á quienes había visto con sus ojos que el Cielo favorecía tan decididamente. Los santos obispos, viendo que se les presentaba ocasión tan oportuna de derramar la divina semilla, instruyeron á Luparia de su profesión y de su ministerio. Dijéronla cómo eran discípulos de un hombre que juntamente era Dios, llamado Jesucristo; que Este había libertado al mundo de la tiranía del demonio, destruyendo la ley antigua, todos los ritos y supersticiones, é instituyendo una religión santa, magnífica, racional y suave, en la cual sólo podían encontrar los hombres la verdadera felicidad; que esta doctrina y religión era lo que ellos predicaban, y que, para recibirla, era necesario reengendrarse en las aguas del bautismo, conociendo y confesando por verdadero Dios á Jesucristo. Oía la matrona con un corazón sencillo

y deseoso del bien las palabras de los Santos. La gracia de Dios, por otra parte, formaba en su alma las más preciosas disposiciones para recibir la verdadera doctrina. Como en lo poco que de ésta la habían comunicado los Santos se contenía que el bautismo era la puerta por donde había de entrar á ser cristiana, pidió con ansia que se le administrase; pero los Santos, aunque alegres con este primer fruto de su predicación, no juzgaron conducente satisfacer sus deseos por entonces. Significáronla que había otros misterios en que debía ser primeramente instruida; y, entre tanto que esto se verificaba, sería conducente edificar un baptisterio en donde recibir las aguas saludables. La piadosa matrona recibió con tanto gusto aquella insinuación, y la puso por obra con tanta eficacia, que en poco tiempo se edificó un templo según el gusto y dirección de los Santos, en donde, ya instruida, recibió el bautismo.

Los poderosos tienen un atractivo en sus obras respecto de la multitud del pueblo, que parece contagio, según la velocidad con que se difunde y propaga. Por esta causa, el ejemplo de Luparia, y el hacerse cristiana, causó tal conmoción en el pueblo, y tal trastorno en sus opiniones, que aquellos mismos que habían incitado á perseguir á los varones apostólicos eran ya los que con más fervor querían someter la cerviz al yugo del Cristianismo. Muy prontamente vino á ser la ciudad de Guadix una ciudad cristiana y piadosa, en donde estaban por demás tantos obreros evangélicos. El fin que los había traído á España no era solamente la conquista de aquel pequeño recinto; sus miras se extendían á la conversión universal de todo este vasto país. Por tanto, trataron entre sí los apostólicos de dividirse, haciendo una cómoda distribución de las regiones adonde habían de predicar el Evangelio. A San Segundo le cupo en suerte la ciudad de Ávila con toda su comarca, que á la sazón estaba floreciente. Desde esta división cesan ya

las noticias auténticas que han quedado de estos primeros maestros de nuestra fe. Según el oficio muzárabe, se sabe que, cuando iban á sus respectivos destinos, lo abrasaban todo con el fuego de su predicación, haciendo maravillosas conquistas á favor de la religión que predicaban. Llegado San Segundo á Avila, emprendió con el mayor vigor la conversión de aquellas ciegas gentes, no perdonando trabajo, por penoso que fuese, para reducirlas á la grey de Jesucristo; pero esto mismo le hizo víctima de su caridad, dando la vida por la misma fe que predicaba.

No se sabe el género de martirio que padeció, y mucho menos las circunstancias de su pasión; las lecciones del Oficio antiguo que usaba aquella catedral le dan constantemente los títulos de obispo y de mártir, lo que no permite dudar que este Santo fue uno de los discípulos de Santiago, que, ordenado obispo por San Pedro, coronó el empleo del sacerdocio con la aureola del martirio. Su cuerpo fue recogido por los cristianos de aquel tiempo y colocado con honor y reverencia en un decente sepulcro. Las continuas invasiones que hicieron los bárbaros en nuestra Península, y el estrépito revoltoso de las continuas guerras, ofuscaron de tal manera su memoria, que permaneció enteramente extinguida por espacio de muchos siglos, hasta que una casualidad dichosa ofreció la invención de su sepulcro y sus reliquias, lo cual sucedió en el año 1519. El deán y cabildo de la catedral intentaron llevar el sagrado cadáver á su iglesia, alegando que éste les competía por derecho, habiendo sido San Segundo el primer obispo de la ciudad; además, que de este modo se proporcionaba al Santo mayor veneración y culto, y á los fieles el consuelo de tenerle más cercano para dirigir, por su medio, á Dios sus súplicas y sus votos. Opúsose á estos intentos la confraternidad de San Sebastián, establecida desde tiempo muy antiguo en la iglesia de Santa Lucía,

con la obligación de defender los derechos de aquella parroquia. En esta disensión se acordó colocar, por el pronto, el arca con las santas reliquias en un lugar honorífico de aquella iglesia, sin desistir por esto el deán y cabildo de la catedral de hacer todas las diligencias necesarias, á fin de que se les diese la posesión. En el año de 1517 fue promovido al obispado de Ávila Fr. Francisco Ruiz, del Orden de San Francisco, hombre de espíritu, que, al lado del cardenal Cisneros, había aprendido á no acobardarse en presencia de las dificultades, y á vencer de cualquier manera los estorbos que se opusiesen á sus justos intentos. Informáronle luego del estado que tenían las pretensiones del cabildo en orden al cuerpo de San Segundo, y de que fuese trasladado adonde recibiese mayor veneración. Recurrió al papa León X, que á la sazón regía la Iglesia, exponiendo todas las razones que asistían al cabildo para que se les concediese colocar con decoro y magnificencia en su propia catedral el cuerpo de su primer obispo y de su primer maestro en la fe, que gloriosamente había sellado con su sangre. El Padre Santo no pudo menos de conocer la solidez y eficacia de razones tan poderosas ,y así expidió una bula en 25 de Febrero de 1520, en que mandaba que se le entregase al obispo el cuerpo de San Segundo, para que cuidase de colocarle en el lugar que había prometido construir con suntuosidad y aparato. Notificóse esta bula á los interesados y comenzóse la fábrica de un altar magnífico; pero, habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al celoso obispo á los principios de esta operación , quedó ésta suspensa y el cuerpo de San Segundo en la misma arca, sepulcro é iglesia en que antes se hallaba. Entretanto, se extendía por toda España la fama de su santidad, que Dios confirmaba continuamente con los prodigiosos milagros que hacían glorioso el sepulcro de su siervo. Los fieles manifestaban su gratitud con abundantes limosnas, que sirvieron para formar una

pequeña capilla y colocar sobre el sepulcro del Santo una estatua de piedra que le representaba de obispo. Pero siempre permanecían las mismas razones para procurar su traslación á un lugar tan decente y cómodo como era la catedral. Quiso, finalmente, la divina bondad enriquecer á esta santa iglesia con el precioso tesoro de las reliquias de su primer prelado, haciendo que viniese á presidirla desde la Silla de Cartagena D. Jerónimo Manrique de Lara, hombre piadoso y acostumbrado á superar grandes dificultades. A la fuerza de su espíritu añadieron vigor los estímulos de la gratitud: pues, hallándose este venerable obispo acosado de una enfermedad que había contraído siguiendo la armada de D. Juan de Austria, recibió una salud milagrosa por intercesión de San Segundo. Reducíase su dolencia á unas palpitaciones tan violentas del corazón, que le ponían frecuentemente en el extremo de perder la vida. En efecto, en el día 9 de Septiembre del año de 1593 llegó á debilitarle de tal manera esta enfermedad, que tuvo que recibir los sacramentos. Los médicos llegaron á desconfiar enteramente de su vida, y á temer justamente la iglesia de Ávila la pérdida de un digno esposo y pastor. El Capítulo de la catedral, en este conflicto, determinó recurrir á la poderosa intercesión de San Segundo. Instituyó rogativas, hizo vigiliias al sepulcro del Santo, y, apenas comenzaron estas piadosas diligencias de caridad y de fervor, cuando inmediatamente se halló el obispo libre de su dolencia, con una restauración tan radical, que no sintió más aquella violenta enfermedad en toda su vida. Reconocido á los favores del Santo, y contemplando que sólo una fuerza superior era capaz de llevar al debido efecto el proyecto de traslación tantas veces intentado, solicitó eficazmente con el rey Felipe II que la protegiese con todo el poder de su real autoridad. Este católico monarca vio con mucho gusto de su alma una petición en que la piedad y la prudencia se hermanaban amistosamente con la autoridad y con la

justicia. Advirtió los efugios y fruslerías con que se había frustrado hasta entonces la determinación del Vicario de Jesucristo. Juzgó que debía emplear su poder en favor de la causa de la piedad; expidió sus cartas en debida forma, mandando ejecutar las Letras pontificias, previniendo á los magistrados de la ciudad, y á todos aquellos que hasta entonces se habían manifestado interesados, que incurrirían en su justa indignación si ponían el menor óbice á la ejecución mandada. Este movimiento acalló todas las quejas y pretensiones, y facilitó una operación que de otro modo hubiera sido imposible.

El día 9 de Septiembre del año de 1594, el obispo, con grande, acompañamiento de eclesiásticos y seglares de la mayor dignidad y nobleza, se condujo á la iglesia de Santa Lucía, y, habiendo primeramente implorado el auxilio divino cantando las letanías, abrió el sepulcro del Santo, y, sacando con sus propias manos una á una las reliquias que se conservaban en la antigua caja, ofreciéndolas á la veneración del pueblo numeroso que asistía con velas encendidas en las manos, lleno de ternura y de devoción, las fue colocando en una caja nueva de nogal, ricamente labrada con preciosos adornos de plata y oro. Cerróla y la colocó en el altar mayor de aquella iglesia hasta el día destinado para la procesión solemnísimas. Este fue el domingo día 11 de Septiembre, en el cual, habiendo celebrado el deán de la catedral solemne Misa del Santo, se formó una procesión magnífica, por el número de personas que la componían, por los muchos grandes y nobles que la autorizaban, y por los multiplicados adornos que, con riqueza y esmero, habían puesto los vecinos de Ávila en todas las calles por donde habían de pasar. Llegaron á la iglesia de San Segundo y, habiendo celebrado el obispo Misa pontifical, tomó la caja de las sagradas reliquias y la entregó á los eclesiásticos de mayor dignidad y á los nobles de mayor

jerarquía, quienes, sobre sus hombros y bajo de un palio riquísimo, la condujeron á la iglesia catedral. Las demostraciones de regocijo y alegría que manifestó todo el pueblo en un acto tan solemne y piadoso compitieron con la ternura y las lágrimas que corrían por sus rostros, en testimonio de la consolación que recibían sus piadosos corazones. Al día siguiente se celebró Misa solemne en acción de gracias al Todopoderoso. Se apartaron las reliquias que se enviaron al Rey, y siguieron por ocho días continuos los ejercicios de piedad y los júbilos del pueblo. Inmediatamente cuidó el obispo de construir una suntuosa capilla, en la cual puso él la primera piedra, hecho ya inquisidor general, en el día 23 de Abril de 1595. Concluida, se trasladaron á ella las sagradas cenizas de San Segundo, en donde hasta estos tiempos ha manifestado Dios con continuos milagros que descansa allí un amado siervo suyo, uno de los primeros maestros de nuestra fe y el protector y patrono de la noble ciudad de Ávila.

SAN IÑIGO Ó ENECO, ABAD DE OÑA

Calatayud, ciudad de nuestra España, fue la patria de nuestro Santo. Brilló desde su juventud con admirables virtudes. En Aragón se llamó Eneco, y en Castilla Iñigo. A la temprana edad de veinte años, encendido en el amor de Dios, repartió sus bienes entre los pobres y abandonó el mundo, retirándose á los montes Pirineos, en los que pasó los días y las noches en la contemplación de las grandezas divinas. Deseando Iñigo servir á Dios en el estado religioso, y teniendo noticia de las eminentes virtudes con que florecía el monasterio de San Juan de la Peña, se dirigió á él, y, con beneplácito del abad, vistió el hábito de benedictino, que tanto había de honrar en adelante. Tan luego como hizo su solemne profesión, desplegó un magnífico caudal de célicas virtudes, que le granjearon la veneración de todos los monjes, inclusa la

del mismo abad, que le respetaba como á un santo. Pasado algùn tiempo se retiró nuestro Santo, con permiso del abad, á un espantoso desierto de las montañas de Aragón, y allí, dando rienda suelta á su fervor, comenzó una vida tan penitente, que restableció las austeridades terribles que se leen dé los solitarios de la Tebaida. La fama de su santidad se extendió por todas partes; así es que á la muerte de García, primer abad del monasterio de Ofia, el rey Sancho mandó emisarios de su corte al desierto donde habitaba nuestro Santo, para que aceptase la abadía de Oña. Dos embajadas mandó el Rey, y nada pudo conseguir de la modestia de Iñigo; de modo que tuvo que ir el mismo rey en persona, y traerle consigo al monasterio de Oña. Tan luego como se hizo cargo de su empleo comenzó á socorrer á los pobres, consolar á los afligidos, enseñar á los ignorantes, asistir á 103 enfermos y sembrar por todas partes la virtud y el buen ejemplo. Toda la comunidad honraba á nuestro Santo, que mereció del Rey y de su hijo D. Ramiro de Aragón muchos regalos y privilegios, así como villas y heredades. Vivía el santo abad una existencia de ángel, consagrando todos sus instantes al servicio de Dios y al beneficio de sus semejantes. La santidad habitaba con él, la veneración le seguía por todas partes; así es que el Señor le concedió el preciado don de obrar prodigios.

Llegado al término de su carrera, brillante en merecimientos y excelsas virtudes, recibió los santos sacramentos con profunda humildad, y, después de haber exhortado á todos á la práctica de la Virtud, entregó su espíritu al Señor, en medio de cánticos y alabanzas, el día 1.º de Junio del año 1071.

Su muerte fue llorada de todos; sus funerales fueron magníficos, y su venerable cuerpo se depositó en un elevado sepulcro. El día 18 de Enero del año 1598, Juan de Baca, abad del monasterio de Oña, trasladó el cuerpo

de nuestro Santo á una capilla propia, asistiendo á este solemne acto el rey D. Alfonso VII, llamado el Emperador, el arzobispo de Burgos, varios prelados y nobles, y el pueblo todo. Al verificar la traslación del cuerpo de nuestro Santo se abrió la caja en que tanto tiempo hacía estaba depositado, y todo el templo se llenó de exquisita fragancia. El papa Alejandro III canonizó á San Iñigo. Gregorio XIII concedió indulgencias á los que visitasen su capilla. La ciudad de Calatayud le eligió por su patrono, y conserva una reliquia preciosa del Santo, como también la villa de Oña y los conventos de Ubaranes y Valvanera. Toda la congregación benedictina y las diócesis de Calahorra y Burgos celebran su fiesta. El rey Felipe V pidió al papa Clemente XII pusiese el nombre de San Iñigo en el Martirologio y extendiese su festividad á toda la Iglesia, en el año de 1735.

La Misa es en honor de San Segundo, y del común de mártir pontífice; la oración la siguiente:

iOmnipotente Dios, mirad nuestra flaqueza, y haced que, ya que nos es tan pesada la carga de nuestra miseria, experimentemos la protección gloriosa del bienaventurado San Segundo, vuestro mártir y pontífice! Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 1.

REFLEXIONES

Nada mueve tan poderosamente el corazón de los hombres como el escarmiento que ven en la cabeza ajena, en orden á los delitos de que ellos mismos se conocen manchados. El ver frustradas sus esperanzas, el sentir el castigo de unas acciones que ellos tenían por

gloriosas, y ver por otra parte coronadas aquellas obras que miraron con desdén y con desprecio, excita los más vivos sentimientos de dolor y de penitencia; pero, después de concluido el tiempo concedido para merecer, este mismo dolor se convertirá lastimosamente en tormento irremediable y en rabiosa desesperación. ¡ Qué ufanos, qué alegres y qué satisfechos quedaban los tiranos después de haber regado la tierra con la inocente sangre de los mártires, vertida por Jesucristo! Ya se lisonjaban de que su poder y su crueldad habían llegado á exterminar de la tierra unos hombres que ellos, tenían en el concepto de fanáticos é infelices. Miraban su profesión como una locura supersticiosa, y su constancia y alegría en medio de las mayores crueldades como una insensatez. Sus ojos, ofuscados con la espesa niebla de sus pasiones, no veían más felicidad ni más gloria que gozar completamente de los bienes de la tierra. Pero ¡ qué dolor el suyo cuando, corrido con la muerte aquel velo funesto que les impedía ver la verdad, se hallaron engañados! ¡ Qué desesperación se apoderaría de sus corazones al ver contados entre los hijos de Dios aquellos mismos á quienes ellos reputaban por desgraciados é infelices !

Semejante engaño tiene su principio en la poca reflexión que emplean los hombres en la verdad de otra vida, engaño que por nuestra desgracia oprime á la mayor parte de aquellas gentes cristianas que tienen continuamente en la boca los nombres de Gloria, de Infierno, de Dios y de Eternidad. ¿Se vería, si no, mirar con tanto desprecio la pobreza de los miserables y la desgracia de los enfermos y desvalidos? ¿Podría un poderoso sumergir su corazón en los deleites del mundo viendo á su lado á un hermano suyo anegado en lágrimas, que sacan de sus ojos la mendiguez, la peste y la miseria? ¿Se tendrían los hospitales y las cárceles por unos lugares de horror y de espanto; se escasearían tanto

los medios de socorrer á los miserables que yacen oprimidos entre la escasez, la peste y todo el conjunto de horrores que trae consigo la desolación, si se fijasen poner momento los ojos de la fe en una vida eterna, y en el castigo ó premio que la ha de acompañar? La verdad no nos permite dudar de la respuesta.

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan, y el mismo que el dia 7.

MEDITACIÓN

Sobre las conversaciones, sus utilidades ó peligros.

PUNTO PRIMEKO.—Considera que la conversación de los cristianos, como de unos hombres destinados á gozar eternamente de la compañía de los ángeles, dice San Pablo que debe ser de cosas del Cielo.

Esto quiere decir que nuestras conversaciones se han de emplear en asuntos que conduzcan á nuestra bienaventuranza, y no en aquellos inútiles ó perniciosos que nos extravían de nuestro último fin. Nada más frecuente entre los hombres que tomar á su cargo la discusión de negocios que Dios no ha fiado á su inspección, y murmurar de la buena ó mala dirección que les dan aquellos á quienes los ha encargado su divina providencia. Frecuentemente se censura la conducta de los demás ciudadanos; se examina y moteja el modo de obrar de los príncipes, de los magistrados y de los ministros. Las pasiones representan cada operación teñida de aquel color que más prevalece en nuestro amor propio. De aquí se origina ensangrentarse cruelmente, reprobando sus acciones, y muchas veces sus respetables providencias. El calor de la conversación nos hace olvidar

de los preceptos é insinuaciones de la caridad, y nos cierra los ojos para que en nuestros superiores no veamos unos representantes del soberano poder, á quienes debemos venerar y obedecer, no solamente por temor del castigo, sino también para no manchar nuestras conciencias con delitos execrables. Aquellos mismos que acompañan y fomentan nuestras conversaciones son un lazo cubierto de una funesta liga, que nos pega insensiblemente los malos resabios de su torcido corazón. Por eso dice el Espíritu Santo: *Apartaos de los tabernáculos de los hombres impíos, y no toquéis siquiera las cosas que les pertenecen, no sea que os enredéis en sus pecados.* Y en los *Proverbios* se dice: *No seas amigo del hombre iracundo, ni te juntes con el furioso, no sea que aprendas su modo de obrar, y se escandalice tu alma.* Somos naturalmente inclinados á imitar más presto los vicios y las perversas cualidades de aquellos con quienes tratamos, que sus virtudes y santas obras; y siendo cierto que la conversación continua hace semejantes á los que conversan, por tanto conviene siempre tener presente lo que dice San Pablo á los corintios: *que las conversaciones malas corrompen las costumbres, no de otra manera que las buenas causan el efecto contrario.*

PUNTO SEGUNDO.—Considera la profesión que tomaste cuando recibiste el bautismo, y de consiguiente cuáles son los negocios más interesantes que debes tratar, y en que deben ocuparse tus coloquios y conversaciones.

La experiencia nos acredita que cada uno habla de los negocios que más le interesan: el conquistador habla de guerras y de batallas ; el mercader de ganancias, de tráficos y de pérdidas; el labrador habla del campo, y el artesano de las obras é instrumentos que son propios de su oficio. Supuesto esto, ¿cuál deberá ser la conversación de un cristiano? Sus intereses responden que no debe ser

otra que la que trate de la Vida, Pasión y Muerte de Jesucristo; de los frutos admirables de su divina redención; de aquellas espirituales medicinas en que dejó vinculado todo el precio de su sangre, para librarnos de nuestras dolencias; en una palabra, debe emplearse la conversación del cristiano en los ejercicios de caridad para con Dios y con el prójimo.

Tú, pues, debes considerar continuamente que eres cristiano, y que por lo mismo tus conversaciones no deben ser de las cosas terrenas, habiendo dicho el Salvador á sus discípulos: *Vosotros no pertenecéis á este mundo*. El cristiano tiene su origen en el Cielo, tiene sus intereses en el Cielo, debe caminar á él como á su patria; el Cielo debe ser el norte á que se dirijan todas sus operaciones; luego su conversación no debe tratar jamás de cosas de la tierra. Y si esto incluye en si tanta verdad respecto de los cristianos, tú, que eres religioso o religiosa, que renunciaste al mundo y pusiste tus intereses únicamente en la Casa de Dios, que no tienes más patrimonio que la pobreza, ni más alegría que las lágrimas, ni más dignidad que la humillación, i con cuánta más razón deberás ceñir tus conversaciones no solamente á la profesión de cristiano, sino á la profesión en que te constituyen tus votos! Tú, sacerdote, que consagras diariamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo, que tienes por oficio llevar sobre tu alma todo el peso de los pecados del pueblo que Dios te ha encargado, que debes con tus palabras y con tus ejemplos estar continuamente ganando las almas de tus hermanos, que no debes hablar, finalmente, sino para edificación de tus prójimos ó para ensalzar las misericordias del Señor, reflexiona si las conversaciones en que frecuentemente te ocupas corresponden á la dignidad y alteza de tu sagrado ministerio. ¡Oh Dios Eterno! Si los hombres reflexionasen continuamente estas verdades, icuan diferentes serían sus conversaciones !

JACULATORIAS

Apartaos de mí, de mi compañía y conversación todos cuantos, engañados, empleáis vuestras obras en ejecutar la iniquidad.— *Ps. 6.*

No tomé, Señor, asiento en las juntas de vanidad; y, ayudado de vuestra divina gracia, os prometo no conversar jamás con los que se apartan con sus inicuas obras de vuestros santos preceptos.—*Ps. 25.*

PROPÓSITOS

Desde el principio del mundo quiso la Divina Providencia que viviesen juntos los buenos y los malos, los justos y los injustos, para que, como dice San Agustín, los primeros fuesen mortificados y labrados, como piedras que han de servir para la Jerusalén celestial, y los segundos tuviesen la escuela del buen ejemplo para moderar sus costumbres. En la familia de Adán se encuentra un Caín; entre los hijos de Noé un irreverente, digno de maldición; entre la de Abraham hay que echar fuera á Ismael, y en la familia de Jacob, José, que era el más inocente de sus hermanos, fue vendido por ellos, y faltó poco para que no le quitasen la vida. Estamos en este mundo mezclados malos y buenos; es necesario el trato y conversación con unos y otros; pero el alma que oye las sólidas instrucciones de la virtud sabe hallar el medio de aprovecharse de los buenos ejemplos de los unos, sin que le contaminen y manchen los excesos de los otros. Pero ¡oh Dios mío! ¿He seguido yo esta doctrina los muchos años que tan inútilmente he pasado ya en este mundo? ¡Oh, y cómo en este punto me confunden los remordimientos de mi conciencia! Las concurrencias peligrosas, las compañías de iniquidad, las pecaminosas conversaciones, y, á lo menos, los discursos vanos é inútiles, han sido por lo común el empleo de mi alma.

Conozco, Señor, mis yerros; fuera de mí toda conversación que no trate de vuestros divinos atributos, de los ejemplos de vuestros siervos y de los ejercicios que pueden conducir para agradaros y serviros y conseguir la salvación de mi alma.